

el sol sin nubes, cruzábamos  
la pobre aldea, y á solas  
por ásperos vericuetos  
bajábamos á la costa.  
Las brisas del mar rizaban  
vuestra cabellera blonda,  
lanzándonos el aliento  
acre y sano de las olas,  
y al arrecife llegábamos  
que turbulentas azotan.

Jamás las playas aquellas  
en mis recuerdos se borran.  
Viendo estoy el claro cielo,  
la mar limpia y luminosa,  
las naves, que allá á lo lejos  
pasan, tendida la lona,  
y las marítimas aves  
que el aire rápidas cortan  
agitando blandamente  
las alas palpitadoras.  
Oigo, de los pescadores

la canción, y la sonora  
voz del mar, que el himno eterno  
al cielo puro remonta.

Y os miro, alegre, risueña  
(aunque el semblante os colora  
la nieve de la azucena  
más que el carmin de las rosas),  
sobre el azul de mis sueños  
caminar como una diosa;  
y os escucho enternecido,  
y en tal grado me impresiona  
cualquiera insignificante  
palabra de vuestra boca,  
que ante vos feliz hincara  
las rodillas temblorosas,  
como ante el ara divina  
el sacerdote se postra,  
y estaría á vuestras plantas  
embelesado horas y horas,  
en la espléndida hermosura  
de la vida el alma absorta.



## RAÚL GINESTE

### FRAGMENTO DE UN POEMA DE AMOR

Volvimos juntos del Bosque  
un día de primavera.  
Había sido la tarde  
hermosa, tranquila, espléndida,  
una de esas deliciosas  
tardes, tibias y serenas,  
que inspiran al fiel amante  
halagadora tristeza,  
si en las pupilas amadas  
largo rato se contempla.

Melancólica sentóse  
en un sillón. ¡Oh, cuán bella,  
sobre el fondo verde obscuro  
del terciopelo, á la incierta  
luz de lámpara dormida,  
que cristal opaco vela,  
resplandecía amorosa  
su frente pálida y tersa!  
Iba de negro vestida,  
porque el negro bien le sienta;  
por agradarme, llevaba  
corpiño y falda de seda,  
la falda cuyo crujido  
me trastorna y desconcierta  
cuando anuncia su llegada  
y mi ventura con ella.

Descubríanme sus brazos  
esbeltos las mangas sueltas;  
sus manos largas y finas,  
pintadas de azules venas,  
exhalaban suave aroma,  
como si jazmines fueran.  
De pronto, brilló la luna

á través de las vidrieras.

Tomé su mano en las mías  
y en ellas la tuve presa;  
á sus pies, en sus rodillas,  
buscó apoyo mi cabeza.  
¡Dulzuras acostumbradas  
y repetidas ternezas!  
¡Cuántas veces de ese modo  
pasé las noches enteras!

Sus pies, de rubia nerviosa,  
parisiense pura y neta,  
inquietos, como los pájaros  
más ariscos de la selva,  
salian y se ocultaban  
entre encajes de Bruselas,  
bajo los huecos volantes  
raudal sin fin de olas negras.  
Sus pupilas soñadoras  
más hermosas cuando sueñan,  
allá, á lo lejos, buscaban  
no sé qué extraña quimera;  
y al mirarla así abstraída  
en fantásticas ideas,  
quise, á la amorosa dicha,  
con un ósculo traerla.

Sus ojos, que sus pestañas,  
como casto velo, templan,  
esquivaron los relámpagos  
de mis pupilas sedientas.  
De la negativa insólita  
comprendí las causas: era  
que miraron nuestros ojos  
demasiado las estrellas.